

INTRODUCCIÓN

Situada en las estribaciones de la Sierra de las Cruces, que cierra el Valle de México por el poniente, a una altura media sobre el nivel del mar de 2 334 m, se encuentra Tacubaya, población de origen prehispánico que a lo largo de su historia se haría célebre, entre otras cosas, por la abundancia de agua en sus tierras, su clima favorable, y su cercanía con la ciudad de México.

Atraídos por sus atributos naturales, desde el siglo XVI los conquistadores la convirtieron en uno de los suburbios más preciados de la ciudad de México estableciendo en su suelo molinos, haciendas, cultivos de vid y olivo, y fincas de campo donde solían pasar los días de estío.

Más tarde, durante los dos primeros tercios del siglo XIX la condición suburbana y veraniega de Tacubaya se acentuó a causa de las reformas a la propiedad de la tierra aplicadas por los regímenes liberales, lo cual permitió a individuos y familias acomodadas la compra y construcción de enormes fincas donde descansar de la fatiga y de los males de la ciudad.

Sin embargo, a partir del último tercio del siglo XIX, la exclusividad suburbana de Tacubaya comenzó a ser absorbida por el crecimiento de nuevos núcleos de población asentados en la periferia de su viejo casco urbano y por el propio avance de la urbanización de la ciudad de México, a causa de lo cual ambas poblaciones terminarían por unirse funcional y materialmente en las postrimerías de la década de 1930, justo cuando comenzaba un nuevo orden político y urbano en el Distrito Federal, inaugurado por la supresión de los municipios y la puesta en marcha del hoy desaparecido Departamento del Distrito Federal.

Las historias disponibles sobre esta población han destacado aspectos relativos a su economía, arquitectura, vida política, vida cotidiana, transportes, cartografía, epidemias, leyendas locales, personajes célebres y muchos otros a través de los cuales se ha tratado de rescatar la memoria que reclaman hoy los habitantes de un espacio urbano antaño dotado de una identidad propia fundida en nuestros días en la vorágine de la ciudad de México.¹

¹ Entre estos trabajos podemos citar: Jesús Salvador Ávila González, *Crecimiento y transformación de una unidad periférica: el municipio de Tacubaya, 1880-1920*, México, ENAH, 1993 (tesis de licenciatura en Historia); María del Rocío Gamiño Ochoa, *El barrio de Tacubaya durante los siglos XVI, XVII y XVIII*, México, UNAM, 1994 (tesis de licenciatura en Historia); Antonio Fernández del Castillo, *Tacubaya. Historia, leyendas y personajes*, México, Porrúa, 1991; Francisco Durán, *Tacubaya: lugar donde se bebe el agua. Historia sumaria de la Universidad*

Este loable esfuerzo historiográfico ha carecido sin embargo de un enfoque integrador del conocimiento hasta ahora adquirido para construir el contexto histórico dentro del cual interpretar y dotar de sentido lo particular de la historia de esta población. Así, por ejemplo, ha pasado desapercibida la enorme influencia que tuvo en su momento sobre el crecimiento y la transformación urbana de esta localidad la interacción de su urbanización con la de la ciudad de México a lo largo del siglo XIX y las tres primeras décadas del siguiente; la repercusión que tuvo sobre su suelo la aplicación de las disposiciones constitucionales de Cádiz de 1812 y de las leyes de reforma; la migración hacia su territorio impulsada por sucesos como las guerras civiles y con el extranjero que asolaron al país en el siglo XIX; la segregación socioespacial de su población como consecuencia de la especulación de grandes propietarios y de la corrupción de autoridades; el centralismo de las políticas urbanas implementadas por las autoridades del gobierno federal y del Distrito Federal, y muchos otros hechos que configuraron procesos históricos dentro de los cuales cabe interpretar la historia de Tacubaya, más allá de lo ocurrido en los márgenes de su propia historia.

Una perspectiva de análisis como ésta exige dejar de interpretar a las localidades suburbanas de una gran ciudad, como lo fue Tacubaya respecto a la ciudad de México, como una unidad de análisis que se explica a sí misma, y enfocar su estudio a partir de la consideración analítica de que una sociedad urbanizada sólo puede explicarse dentro del amplio proceso de cambio histórico en el que se desenvuelve.²

Concebida en estos términos la historia urbana, los historiadores deberíamos dejar de saquear la historia de las ciudades para explicar diversos aspectos del proceso histórico, como hemos venido haciendo³

La Salle, México, Porrúa/La Salle, 1997; Graciela Gaytán Herrera, *Tacubaya 1833: el año horriblemente memorable del cólera morbo*, México, UNAM-ENEP Acatlán, 1997 (tesis de licenciatura en Historia); y Araceli García Parra y María Martha Bustamante Harfush, *Tacubaya en la memoria*, México, Gobierno del D.F., 1999. Cabe destacar el valioso esfuerzo que desde las últimas décadas del siglo pasado han estado realizando las maestras Celia Maldonado y Carmen Reyna, investigadoras de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, para promover y difundir la investigación histórica sobre Tacubaya. Producto de esta labor son sus propios trabajos y los libros en los que se recogen las investigaciones presentadas en los coloquios realizados bajo su coordinación. Vid. Celia Maldonado y Carmen Reyna (coords.), *Tacubaya. Pasado y Presente*, México, INAH, 1996; Celia Maldonado y Carmen Reyna (coords.), *Tacubaya. Pasado y Presente I*, México, Yeuuetlatolli, 1998; Celia Maldonado y Carmen Reyna (coords.), *Tacubaya. Pasado y Presente II*, México, Yeuuetlatolli, 1998.

² Samuel P. Hays, "From the History of the City to the History of the Urbanized Society", en *Journal of Urban History*, v. 19, n. 4, august 1993, p. 4.

³ Una evaluación de la historia urbana en México puede verse en María Dolores Morales, María Amparo Ros y Esteban Sánchez de Tagle, "La ciudad de México, 1521-1857. Balance historiográfico", en Pablo Serrano Álvarez (coord.), *Pasado, presente y futuro de la*

y, en consecuencia, hacer de la urbanización el entramado básico de la historia urbana y no la historia de las ciudades.⁴

La teoría de la urbanización, surgida en el ámbito de las ciencias sociales, no está exenta de polémicas y desacuerdos aun entre los propios especialistas.⁵ Sin embargo, parece haber acuerdo en que hay relaciones recíprocas entre la estructura productiva, de distribución y de consumo y la forma y dinámica del crecimiento urbano que dan lugar a una concentración espacial en movimiento de población, recursos y poder a partir de la cual una sociedad se produce y se reproduce en el tiempo.⁶

Haciéndome eco de esta problemática historiográfica, considero que uno de los temas de la historia urbana en México que resulta necesario abordar es el de la urbanización de las poblaciones que alguna vez estuvieron situadas en la periferia de una gran ciudad, pues aunque resulta un lugar común creer que la expansión de ésta se dio sobre las pequeñas localidades que la rodeaban, poco han hechos los historiadores para explicar los procesos de cambio que llevaron a estas localidades a integrarse a la dinámica social y económica de las grandes metrópolis.

En mi opinión éste es el caso de la historia de la ciudad de México, la cual, con muy contadas excepciones,⁷ ha sido interpretada como una unidad urbana en el tiempo y en el espacio que sin grandes dificultades absorbió a las pequeñas poblaciones municipales de su entorno,

historiografía regional de México. Memorias del Congreso de Historiografía Regional, México, UNAM-III, 1998. Sobre los problemas de definición de la historia urbana en Europa y Estados Unidos véase Richard Rodger, "Urban History: prospect and retrospect", en *Urban History*, v. 19, part 1, april 1992, p. 1-22; y Harry S. J. Jansen, "Wrestling with the angel: on problems of definition in urban historiography", en *Urban History*, v. 23, part 3, december 1996, p. 277-299.

⁴ Ésta es la tesis desde la cual Jan de Vries hace un balance crítico de la historiografía europea en torno a la ciudad en el capítulo I de su libro: *La urbanización de Europa 1500-1800*, Barcelona, Crítica, 1987. Véase también P. Kooij, "Peripheral cities and their regions in the Dutch urban system until 1900", en *Journal of Economic History*, v. 48, 1988, p. 357-371.

⁵ Una síntesis crítica de esta polémica puede verse en Gustavo Garza V., *El proceso de industrialización en la ciudad de México, 1821-1970*, México, El Colegio de México, 1985.

⁶ Sobre la definición, métodos, problemas e historia de la urbanización véase P. Schöller, "The Problems and Consequences of Urbanization", en Ronald Jones (ed.), *Essays on World Urbanization*, London, George Philip and Son Limited, 1975, p. 37-46; y Jan de Vries, "Problems in the Measurement, Description and Analysis of Historical Urbanization", en Ad van der Woude, Akira Hayami y Jan de Vries (eds.), *Urbanization in History. A Process of Dynamic Interactions*, Oxford, Clarendon Press, 1990, p. 43-60.

⁷ De los pocos trabajos que abordan el estudio de la ciudad de México en sus relaciones con el resto de las poblaciones del Distrito Federal pueden citarse los de Andrés Lira, *Comunidades indígenas frente a la ciudad de México. Tenochtitlan y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, 2ª ed., México, El Colegio de México, 1995, e Hira de Gortari y Regina Hernández, *La ciudad de México y el Distrito Federal. Una historia compartida*, México, DDF-Instituto Mora, 1988.

entre ellas Tacubaya, convirtiéndose así en el conglomerado urbano más grande del país.

Si bien es cierto que contamos con una explicación general de las sucesivas etapas de la urbanización de la ciudad de México a lo largo de los siglos XIX y XX,⁸ es verdad también que no conocemos suficientemente cómo fue la urbanización de aquellas poblaciones que, como Tacubaya, antaño constituían núcleos urbanos autónomos antes de pasar a formar parte de ella, ni mucho menos de los problemas y cambios que este fenómeno de conurbación generó en sus respectivas localidades.

Cubrir esta deuda de la historiografía con aquellas sociedades locales desaparecidas exige una gran cantidad de trabajos que se propongan no hacer una crónica de su desaparición, sino una historia de su urbanización, es decir, de sus cambios y transformaciones como partícipes de la interacción de diversos procesos que se originaron al interior y más allá de sus fronteras. Dotar a la memoria local de este contexto histórico, se me antoja, abriría nuevos cauces a la acción social.

Dentro de la investigación urbanística, las poblaciones de menor tamaño ligadas al crecimiento de las grandes ciudades han sido estudiadas para explicar la ciudad y sus problemas. El término con que desde tiempo atrás se ha clasificado la generalidad de estas pequeñas poblaciones ha sido el de suburbio y, desde una óptica sociológica y económica, el de periferia.

El empleo del término *periferia* ha sido metafórico apoyándose en la expresión geométrica que señala el contorno de una esfera o de un círculo, por lo que con frecuencia se refiere al contorno o borde de las ciudades o regiones, o bien a lo accesorio y menos significativo de una actividad humana o proceso social.⁹

Estas dos concepciones hasta cierto punto contradictorias han marcado el uso de la noción de periferia. Así, por ejemplo, la sociología marxista consideró a la periferia urbana como muestra de los males de la ciudad y condición de las clases subalternas. En algún momento esta noción reemplazó la de clase social y se usó también como equivalente a tercer mundo denotando dependencia, pobreza, marginación, lejanía, dominación, explotación. Su opuesto, lo central, fueron los

⁸ Véanse los trabajos reunidos en Gustavo Garza (coord.), *La ciudad de México en el fin del segundo milenio*, México, GDF/El Colegio de México, 2000, el cual ofrece una panorámica síntesis de los principales procesos de cambio de la ciudad de México interpretados desde diferentes perspectivas de análisis: historia, demografía, geografía, economía, sociología, ciencia política, y ecología.

⁹ El trabajo de Eduardo Vicente Nivón Bolán, *Mirar la ciudad desde la periferia*, México, UNAM-FFYL, 1998 (tesis de doctorado en Antropología) ofrece un balance crítico de los trabajos desarrollados sobre las periferias urbanas por parte de la antropología y la sociología.

países del capitalismo avanzado. Pero en un sentido más restringido, la periferia también resulta ser el ámbito donde se verifica la expansión de la ciudad, el lugar donde se suceden rápidas transformaciones, donde se experimenta. De este modo la noción de periferia urbana conlleva tanto la idea de la dependencia como la del cambio.¹⁰

Por lo que toca a la noción de *suburbio* tenemos que se trata de un término que ha tenido una larga y versátil historia. Parece haber sido adoptado del viejo término francés *suburbe* (que a su vez fue adoptado del latín *suburbium*), probablemente en el curso del siglo XVI, cuando la influencia del galo sobre la lengua inglesa fue incrementándose como resultado del amplio contacto con las instituciones francesas.¹¹ Desde entonces suburbio (o varias corrupciones del mismo) ha sido empleado para describir un específico y delimitado lugar, aunque muy pronto adquirió un significado figurativo.¹²

Así, literalmente, la palabra suburbio significa "más allá de la ciudad" (*beyond the city*) y puede por lo tanto referirse a cualquier tipo de asentamiento en la periferia de una gran ciudad.¹³

Pero una definición más apropiada a nuestro objeto de estudio es la que ve en el suburbio no sólo un lugar geográfico, sino también una actitud mental y una conducta económica y social, pues el suburbio fue a fin de cuentas una creación cultural, una elección consciente basada en la estructura económica y en los valores culturales de la burguesía anglo-americana de fines del siglo XVIII, la cual buscaba fundar una nueva forma de familia que viviera alejada de las multitudes y de la insalubridad de las ciudades.

Muy pronto, a este ímpetu cultural se añadió una fuerte motivación económica, pues la posibilidad de transformar las baratas tierras agrícolas en parcelas de edificios altamente rentables, probó que los suburbios resultaban ser una buena inversión así como también un buen hogar. Esto hizo entrar la suburbanización de las clases medias dentro de la lógica estructural de la expansión de las ciudades.¹⁴

Tacubaya experimentó procesos de cambio semejantes a los de los suburbios angloamericanos en un periodo que abarca desde las postrimerías del siglo XVIII hasta la tercera década del siglo XX. Situada al poniente de la ciudad de México a una distancia de ocho kilómetros, fue una de las poblaciones municipales que, junto con otras más que for-

¹⁰ *Ibidem*, p. 27 y 28.

¹¹ Harold James Dyos, *Victorian Suburb. A study of the growth of Camberwell*, Leicester University Press, 1961, p. 20.

¹² *Ibidem*, p. 21.

¹³ Robert Fishman, *Burgueois Utopias. The Rise and Fall of Suburbia*, New York, Basic Books, Inc. Publishers, 1987, p. 5.

¹⁴ *Ibidem*, p. 8-10.

maban parte del Distrito Federal, entró en la esfera de influencia e intereses de los habitantes más acomodados de la ciudad de México, quienes la convirtieron en un suburbio veraniego que terminaría por ser absorbido por la dinámica económica y urbana de la ciudad de México.

La abundancia de agua en sus tierras, su clima favorable, y su cercanía con la ciudad de México la convirtieron desde el siglo XVII en un lugar de recreo y descanso preferido por las elites de esta ciudad de México. Su exclusividad se intensificó cuando a mediados del siglo XIX, al cobijo del régimen de propiedad introducido por las reformas liberales, se multiplicó la cantidad de propietarios que erigieron enormes y suntuosas mansiones en su cabecera. Políticos, hombres de negocios, funcionarios públicos de primer nivel, embajadores, militares, religiosos y extranjeros hicieron de su espacio una de las villas más visitadas y celebradas por los cronistas de entonces, y retratada por artistas y viajeros de la época.

Sin embargo, a partir del último tercio del siglo XIX su población tendió a crecer notablemente y junto con ella brotaron nuevos asentamientos fraccionados por nuevos y viejos propietarios que transformaron la exclusividad residencial que la había caracterizado hasta entonces, bajo el notable influjo de la ciudad de México que en el mismo periodo desplegaba también su crecimiento sobre las poblaciones de su periferia a raíz de su reactivación como centro de la economía nacional bajo el porfiriato.

Así, junto a las grandes residencias de la cabecera municipal, o sobre éstas, se erigieron colonias que demandaron servicios e imprimieron a la vida de Tacubaya un nuevo ritmo y dinamismo, alimentados por la multiplicación del comercio y el trájín de ferrocarriles, tranvías y vehículos automotores que la conectaron con la ciudad de México, convirtiéndola en una extensión más de ésta.¹⁵

No obstante, a lo largo de este proceso Tacubaya fue consolidándose como una urbe que buscó dejar atrás su tradicional dependencia con respecto a la ciudad de México, pues su estructura económica se transformó de tal manera que le permitió valerse por sí misma para impulsar su propio crecimiento, aunque no dejó de estar supeditada políticamente al gobierno del Distrito y al gobierno federal. Así, el Ayuntamiento protagonizó en diversos momentos airadas protestas contra las autoridades superiores por los criterios centralistas con que implementaban sus políticas urbanas en los poblados de su demarca-

¹⁵ "Vivir en Tacubaya equivale a vivir en la ciudad de México", *El Mundo Ilustrado*, 26 de noviembre de 1899.

ción, así como inusitados intentos por adecuar sus estructuras administrativas a las exigencias de urbanización de su localidad.

Sin embargo, para la década de 1920 la urbanización se había convertido en una fuerza inmanejable para las autoridades municipales, a causa principalmente del acelerado crecimiento demográfico y la escasez de fondos de la hacienda local para hacer frente a las nuevas y viejas necesidades insatisfechas de la población. Así, cuando en 1928 se suprimieron los municipios Tacubaya ya era una ciudad integrada funcional y materialmente a la ciudad de México, y, dentro del nuevo esquema de gobierno, sus dimensiones urbanas llevaron a considerarla como parte del núcleo urbano central del nuevo Departamento del Distrito Federal en 1929, junto con las exmunicipalidades de Mixcoac, Tacuba y la ciudad de México.

Me he propuesto explicar este largo y complejo proceso de urbanización de Tacubaya, que la llevó a convertirse en suburbio y luego en ciudad, con base en lo que considero son los componentes básicos del mismo. Es decir, a partir de los cambios en su espacio, en su dinámica demográfica, en su actividad económica, en sus medios de transporte, y en la gestión urbana de gobierno local, teniendo como referente la urbanización de la ciudad de México y la relación que guardaba con respecto al conjunto de poblaciones del Distrito Federal.

En el primer capítulo hago una reseña de los orígenes prehispánicos de Tacubaya y de los cambios que registraron sus asentamientos desde tiempos coloniales hasta la tercera década del siglo XX, y analizo las tendencias de crecimiento de su población a partir del siglo XIX hasta 1930 en relación con las de la ciudad de México y el Distrito Federal en el mismo periodo.

El segundo capítulo se ocupa de explicar las transformaciones de la propiedad de la tierra y sus efectos sociales y urbanos provocados, en un primer momento, por la aplicación de las disposiciones de la Constitución de Cádiz y, en un segundo momento, por la desamortización de las tierras y bienes de las corporaciones civiles y religiosas, a mitad del siglo XIX. Aborda también la actuación de especuladores inmobiliarios, las representaciones plásticas y contradicciones de la urbanización veraniega, y el fraccionamiento de las colonias y zonas residenciales de comienzos del siglo XX.

El tercer capítulo examina los cambios en los medios de transporte — del tren de mulitas al tranvía eléctrico — y la emergencia del comercio como la actividad económica preponderante asociada a la urbanización del espacio.

Finalmente, en el cuarto capítulo se analizan los problemas que implicó la urbanización para las estructuras administrativas del Ayun-

tamiento de Tacubaya, tomando como casos de estudio la problemática sanitaria y la contratación del alumbrado eléctrico.

Las fuentes en que apoyo el conjunto de mi investigación se localizan en diversos archivos. En general, se trata de documentación generada por diversas instancias del gobierno federal y por el gobierno municipal de Tacubaya, que se encuentra en varios fondos del Archivo General de la Nación: Gobernación, Ayuntamientos, Nacionalización y Desamortización, Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, Obregón-Calles, Bienes Nacionalizados, etcétera, y en fondos del Archivo Histórico del Distrito Federal: Tacubaya, Consejo Superior de Gobierno, Obras Públicas Foráneas, Ayuntamiento, Catastro, Límites, Elecciones, Estadística, entre otros. El material gráfico se encuentra en la Mapoteca Manuel Orozco y Berra, en el Fondo Propiedad Artística y Literaria del AGN, en el Archivo Fotográfico de Culhuacan del INAH y en publicaciones de la época o recientes.

Dejo testimonio de gratitud hacia el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México, donde presenté en marzo de 2002 una versión que dio origen al presente libro como tesis doctoral, y a mis maestros, en particular a los doctores Carlos Marichal, Andrés Lira, Luis Aboites e Hira de Gortari, quienes leyeron el manuscrito e hicieron importantes sugerencias.

Agradezco también el apoyo que recibí por parte de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, y del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, instituciones de las que fui becario durante el tiempo que realicé mis estudios doctorales cuyo fruto es este libro.

Mi agradecimiento es también para quienes me facilitaron el acceso a la información con que nutrí mi investigación, en especial el personal del Archivo Histórico del Distrito Federal, Archivo General de la Nación, Mapoteca Manuel Orozco y Berra, Biblioteca de El Colegio de México, Biblioteca Nacional, Biblioteca del Instituto de Investigaciones Estéticas, Biblioteca del Instituto de Investigaciones Históricas.

A mis amigos de ayer y hoy, Ana Garduño, Laura Favela, Gustavo Gutiérrez, Moisés Ornelas, Alfredo Ávila, Rosa María López, Alejandra Recillas, Jesús Méndez, Gerardo Lara, Jesús Hernández y Gabriel Torres, agradezco que sigan compartiendo conmigo su vital, inteligente y divertida amistad. No sobra decir que mi familia, Hernán, Ixil, Inés y Nuri, ha sido un apoyo que no dejaré de agradecer suficientemente, al igual que a mis hermanos y a mi amado padre, Juan Miranda.

La mayor satisfacción la tengo en publicar este trabajo bajo el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México, mi segundo hogar desde hace veinte años, y por ser parte de su Instituto de Investigacio-

nes Históricas a donde emigré siendo su directora la doctora Virginia Guedea y donde he encontrado un lugar inestimable para dedicarme a la investigación con la experiencia, calidez y aprecio de nuevos colegas y amigos.

Ciudad Universitaria, marzo de 2006

